

Las guerras y la riqueza

En el mundo se han sostenido todas las opiniones, aun las más disparatadas, y no es de las menos el creer que los despilfarros —ninguno mayor que el de la guerra— contribuyen a crear riqueza. Desde luego, la esparcen; el que la creen es manifiestamente falso, lo evidente es que la destruyen.

En este plano de ideas, se calculó un día la gran riqueza que reportaría el que una tormenta rompiera todos los cristales de París. Es absurdo que una catástrofe pueda reportar riqueza. Pero no queda contestada una proposición tan paradójica, con decir que el beneficio de los cristaleros se halla compensado con un perjuicio mayor de los propietarios o inquilinos de los edificios y viviendas, como ya contestó Bastiat, el gran economista francés, en sus *Armonías Económicas*. Porque la cosa no parece tan sencilla.

Los economistas modernos han venido a reproducir, en términos más alambicados, aquella tesis

controvertida ya por Bastiat. Supone Keynes —llevado de la experiencia de los efectos que tuvieron, en el paro de la primera postguerra, las obras públicas emprendidas para remediarlo— que toda inversión de recursos en crear nuevos capitales tiene un efecto multiplicador, en el sentido de que genera una creación de riqueza superior a la inversión hecha: emplea más obreros, engendra más renta, más riqueza al fin, que si no se hubiera hecho. Pero ese aumento de riqueza se va extinguiendo, tanto más de prisa cuanto mayor es la parte que en ese superior ingreso social se destina a nuevas capitalizaciones, y menor la que se gasta en consumo, de suerte que si quiere conseguirse que el efecto favorable de aquella inversión original se prolongue, hay que procurar que la mayor parte de la renta social se emplee en el gasto, y la menor parte se ahorre. La paradoja es la misma que la de la catástrofe vítrea. Y la misma también del caso de la guerra, pues no cabe duda que en la guerra se mantiene a la fuerza el criterio del consumo total de las rentas y de todos los recursos. Keynes se basaba en esta teoría singular para pedir una redistribución de la renta, quitando a los que tenían más, para dar a los que tenían menos, porque los primeros ahorran, y los segundos nada o poco, de suerte que esto constituye un medio de disminuir el ahorro.

Sin discutir ahora la conveniencia de esto, desde otros puntos de vista, me permito impugnar los fundamentos sobre los que Keynes apoyaba sus conclusiones. Esto de la cimentación lógica de las cosas tiene mucha importancia, porque un mal razonamiento puede conducir, con apariencia de razón, a políticas equivocadas y, a veces, destructivas. Importa sin duda un buen reparto de la riqueza, pero importa todavía más que esa riqueza se aumente y multiplique. Y eso depende, más que de lo que se haga, del modo como se haga. Y el modo puede ser equivocado, si son falsas las razones en que se apoya, aunque la cosa en sí pueda parecer justa en otros aspectos. Basta considerar que por este medio se vendrían a justificar las guerras, las destrucciones, que obligan a emplear trabajo en reparar la riqueza destruida, y con más motivo otros dislates menores, no por menos notorios, más razonables.

Con razón se le ha objetado al famoso economista inglés que, si lo que promueve la ocupación en un caso de paro y lo que hace arrancar a la producción, es una inversión de recursos en capital

Sería pueril deducir de esto que lo que importa no es que se pierdan o se ganen las guerras, que lo que importa es que las haya, y en cuanto se terminan, pagar sus gastos. El absurdo de esto salta a la vista, pero sobre consecuencias de ese tipo se basan muchas veces las políticas seguidas por los pueblos.

La consecuencia legítima es que hay algo que no marcha bien en nuestro sistema económico y que, cuando con la paz debiera venir la prosperidad, no siempre viene, lo que viene son las dificultades económicas, los problemas financieros y sociales creados por el exceso de productos y el exceso de brazos, y el único paliativo para ellos resulta el gastar en baldío el exceso de fuerzas productivas de que se dispone, lo cual no quiere decir que no sería mejor buscar una manera de que esas energías se ocupasen fructíferamente en la paz, antes que tener que dilapidarlas en los armamentos y en la guerra fría y caliente, para evitar que creen problemas interiores más graves todavía.

Lo que demuestra todo esto es que hay una gran masa de energías reprimidas en la Humanidad que le crean luchas, y hasta verdaderas guerras internas, energías que se hacen visibles en el paro y en la superproducción, que enguerra a los países en una competencia comercial encarnizada, que muchas veces preludia la guerra armada. Lo que habría que hacer es dar salida y desahogo a esas fuerzas de reservas que podrían servir para el bien, y así no sirven más que para el mal. Se comprende que sea preferible utilizarlas, aun en pura pérdida, dando subsidios a los que huelgan a la fuerza, o destinándolos a abrir hoyos en el suelo para tapparlos después, pero todo es preferible a la inquietud y al malestar interno que vayan royendo el orden social, aunque lo mejor sería aprovecharlas útilmente para mejorar, de una manera eficaz, la suerte de todos. No quiero decir que esto, al parecer tan sencillo, sea fácil; pero fácil o difícil, es el problema que tenemos hace tiempo ante nosotros, y que no hemos resuelto.

GERMAN BERNACER